

INDICE

	Páginas.
Francisco de Rioja.....	3
Luis de Góngora.....	19
Juan de Jáuregui.....	48
Estéban Manuel de Villegas.....	55
Francisco de Trillo y Figueroa.....	58
Lupercio Leonardo de Argensola.....	66
Bartolomé Leonardo de Argensola.....	85
Conde de Villamedina.....	101
Felipe IV.....	106
Carlos de Austria.....	id.
Jacinto Polo de Medina.....	107
Francisco de Quevedo.....	123
Lope Félix de Vega Carpio.....	158
Sor Juana Inés de la Cruz.....	177
Cristóbal Suarez de Figueroa.....	180
Andrés rey de Atieda.....	181
Feliciano Enriquez de Guzman.....	182
Francisco de Borja, príncipe de Esquilache	183
Antonio Mirademesuca.....	184
Francisco de Figueroa (El Divino).....	186

4

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

—
TOMO XX
—

TESORO DE LA POESIA CASTELLANA

SIGLO XVIII

—
MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Barco, 9 dupd.º, bajo.
1892

GABRIEL ALVAREZ DE TOLEDO

LA BURROMAQUIA

UNA ASAMBLEA

De arbol anciano el pabellón hojoso
Es el sitio á las juntas destinado,
Donde á la sombra de dosel frondoso
Se congrega el magnífico Senado;
Renuevo fué feliz, pimpollo hermoso,
Al fecundo terreno trasladado,
Según antigua fama certifica,
Del fatídico tronco de Garnica.

Ya junto el areopago jumentoso,
Silencio aspira en el ameno llano,
El viento entre los ramos temeroso
Su curso enfrena con obsequio vano;
Todo el bestial congreso respetoso,
Del burro jóven al jumento anciano,
Con serena atención, con faz modesta,
Del Principe esperaba la propuesta.

Archiburro en retórica violenta
La expedición propone meditada,
Del frumentorio rey la faz sangrienta
Furor imprime á su oración airada;
De Jumentorbo la cerviz exenta
De sus plantas supone conculcada,
Y en la elocuenica que su gesto abulta,
Fué decisión lo que soñó consulta.
Dejó de hablar, y los prudentes viejos

Licencia piden con asnal talante,
Y en la impensada novedad perpejos,
De Anaguirre consultan el semblante;
El cual, norma felzi de los consejos,
Sabio en la guerra y en la paz triunfante,
Por ciencia y experiencia venerado,
Es Catón del cuadrúpedo senado.

Este, con suspensiones ponderadas,
Aumentó las arrugas de la frente,
Preparando en maduras cabezadas
La atención que le observa diligente;
Hirió la tierra en trémulas patadas,
Lustró al concurso en ademán doliente,
Y acabado el paréntesis prolijo,
Estas razones, rebuznando, dijo:

«Las empresas, señor, que el odio traza,
Siempre fueron al juicio sospechosas,
Pues la razón sus luces embaraza
Del rencor en las nubes ten brosas;
En consecuencias trágicas se enlaza
Quien premisas siguió precipitosas;
Que no sale seguro el argumento
Cuando es la voluntad entendimiento.

«El valor de la gente frumentaria,
Indomable en el orbe la acredita,
Dejando en lides de ambición contraria
Su libertad, con su herradura escrita,
Sufre el cetro parcial, no tributaria,
Con que al poder la autoridad limita,
Y cuando en glorias y exenciones crece,
Más parece que manda que obedece.

«De aquí le viene á la progenie parda

El privilegio, que constante dura,
Pues sólo viste la marcial albarda
En fieros trances de la guerra dura;
No de peso servil seña bastarda
La deforma con torpe matadura
Ni al espinazo váli lo le asusta
El palo infeno, ni la carga injusta.

«De Jumentorbo el férvido coraje
Los rebeldes espíritus fomenta,
Y en libertad mentido el vasallaje,
Superior manda, cuando igual se ostenta;
Cuando al feroz y rudo paisanaje
De vanas exenciones alimenta
A su imperio ignorado, más seguro,
De cada pecho le fabrica un muro.

«La piedad de vuestro padre ya cadente
Resguardo persuada, no conquista,
Si en el régio laurel replandeciente,
Ajena sangre su verdor conquista;
Tranquilidades finge lo aparente,
Y las brasas del muerto antagonista,
Aunque en cautas cenizas sepultadas,
Escondidas están, más no apagadas.

«Si en distantes empresas empeñado,
Llegáre de su muerte el trance duro,
Abandonas tu intento desairado
O arriesgas el imperio mal seguro;
El dominio aventuras heredado
Por la incierta esperanza de un futuro,
Y según el refrán de nuestra cruesa,
Lo propio pierde quien lo ajeno busca.»

Más fué á decir; pero con furia brava,

Desatando en su voz un torbellino,
Al anciano concurso amedrentaba
Tragacardos, indómito pollino,
Habitador antiguo de la Java,
Marcial honor del género asinino,
Que ya sus vastos lomos hurtó fiere
De la opresión violenta de un yesero.

«La helada sangre de tus flojas vanas
(Dice iracundo) tu razón ofusca,
Y con fantasmas de verdad ajenas,
En nuestra infamia tu descanso busca;
Trampantajos retóricos ordenas,
Con que el miedo en los pechos se introduzca,
Buscando conveniencias en el ocio;
Que no hay asno que ignore su negocio.

»Si no hubiera peligro en el intento,
¿Dónde el valor heroico se mostrará?
¿Quién, salpicado del coral sangriento,
El laurel á sus sienes enredará?
Vulgar asunto de vulgar aliento
Las tibias diligencias ocupará;
Pero en empresas de perenne gloria
Es el riesgo escalón de la victoria.

»De voluntario acusas el empeño
Que inexcusable nuestro pecho abraza,
Y profeta infeliz, con rucio ceño,
En el discurso mezclas la amenaza;
Culpas, espantadizo y zahareño,
La noble empresa que Archiburro traza,
Pesando en las balanzas de tu susto.
Delincuente el valor, al miedo justo

»Aplaudir el valor del enemigo

Es hidalgo primor de quien combate,
No de quien busca tímido un testigo
Que del oprobio su opinión rescate;
Desate furias el taráreo abrigo,
Con que el triunfo acredite que dilate,
Que no suspenden impetus bastardos
El inclito furor de Tragacardos.

»De internas inquietudes el recelo
Cautó ponderas, misterioso indicas,
Y con injuria del nativo suelo,
Un miedo en otro miedo fortificas;
Ingenioso en tu tímido desvelo,
Temores por temores multiplicas;
¿Dónde tus sustos hallarán abrigo,
Si temes al contrario y al amigo?

»Cualquiera (prosiguió, terciando, airado,
El rojo palio que en sus hombros pende),
Cualquiera que el designio meditado
Con timidez sofística suspende,
Del generoso espíritu olvidado,
A todo el mundo jumental ofende;
Que cuando clama del honor la ofensa,
No es asno quien discurre lo que piensa.»

Con semblante, Archiburro, mesurado
El cóncave disuelve turbulento,
Y su marcial designio decretado,
Deja del sólio el superior asiento;
En el ameno bosque retirado,
A consulta llamó su pensamiento,
Con quien suspensó y pensativo encierra
En la paz exterior la interior guerra.

EUGENIO GERARDO LOBO

SONETOS

¿Qué importará que el avariento cobre
Oro á quintales, perlas ciento á ciento,
Si la sed misma de que está sediento
Le obliga siempre á que ruindades obre?

Más rico que ese rico es aquel pobre
Que, de ambición y de codicia exento,
Hace que lo que falta al avariento,
Como no lo apetece, á sí le sobre.

Las riquezas el uno desestima,
El propio engaño al otro lisonjea;
Me agrada aquél cuanto éste me lastima.

Pues ¿quién será tan ciego, que no vea
Que éste es siervo del oro, pues le estima,
Y aquél señor de sí, pues no desea?

Como en las flores del jardín ameno
Oculto vive el áspid encerrado,
Y en el pié que le pisa descuidado
Su diente clava, escupe su veneno;

Así entre luces de esplendor sereno
Vive, Marsia, tu amor disimulado,
De donde sale el rayo fulminado,
Que produce las ansias en que peno.

Mi corazón, que en vano se defiende
Del rigor que en tus ojos se atesora,
Mayor crueldad en tí probar pretende.

Vengativo es el áspid, tú traidora,
Pues el áspid maltrata á quien le ofende,
Y tú ofendes, ¡oh Marsia! á quien te adora.

Tronco de verdes ramas despojado,
Que albergue en otra edad fuiste sombrío,
Y estás hoy al rigor de Enero frío,
Tanto más seco cuanto más mojado.

¡Dichoso tú, que en ese pobre estado
Aun vives más feliz que yo en el mío!
¡Infeliz yo, que triste desconfío
Poder ser, como tú, de otro envidiado!

Esa pompa que ahora está marchita,
Por aquella estación florida espera,
Que aviva flores, troncos resucita.

Forma el año su giro, y lisonjera
La primavera á todos os visita;
Sólo para mi amor no hay primavera.

Vuélvese sombra oscura el claro cielo,
Eclipsa el limpio sol sus resplandores,
Viste la luna pálidos horrores,
Rásgase todo del santuario el velo.

El líquido raudal se torna en hielo,
Mustias fallecen del jardín las flores,
Medrosos callan cisnes, ruiseñores,
Monstruos arroja de su centro el suelo.

El aire pavoroso da bramidos,
En sus quicios la tierra se extremece,

El mar sediento los peñascos sorbe.
Rómpanse escollos, fieras dan rugidos;
¡Qué confusión! ¡Qué horror! O Dios padece,
O se acaba la máquina del orbe.

A un amigo, dándole cuenta de un alojamiento.

Si acaso, amigo y señor,
Viviendo alegre en Llerena,
Se te hace cuesta arriba
Acordarte de una sierra,
Reza alguna vez la Salve
(Si es que por descuido rezas),
Y no olvidarás á los
Desterrados hijos de Eva.
Yo lo estoy, por los pecados
Y mi desdicha, en Calera,
Lugar que entre unas carrascas
Escondió naturaleza.
Llegué cuando resucitan,
Al juicio de mi trompeta,
Del supulcro de sus chozas,
Veinte y dos cuerpos de jerga.
No son más sus moradores,
Y todos juntos me llevan
A una casa, vivo ejemplo
De la mujer que se afeita.
Algo relumbrante el léjos,
Un poco pálido el cerca,
Telarañas por dedentro

Y mucha cal por defuera.
Dos cerdudos, al entrar,
Me dieron la enhorabuena;
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua,
Recibíome una patrona
Ojiblanca y carinegra;
Patrona, amigo, que puede
Ser patrón de las galeras.
Por el balcón de una toca,
Mal tejida y bien desecha,
Asoma una contextura,
Que ni mi culpa es más fea.
De los bajos del sayal,
En mil deshilados, cuelgan
Unas como campanillas,
Que tocan, pero no tientan.
Entre el montaráz melindre,
Unos piesecitos muestra,
Largos como mi desgracia,
Anchos como tu conciencia.
Al fin, perfilando el cuerpo
Y hajando la cabeza,
Entré á un cuarto, cuyas vigas
Me hicieron ver las estrellas.
Era su interior adorno,
A el poniente una gatera,
Un bufete corcovado
Y una silla patituerta
Un medio agujero á un lado
Está haciendo penitencia
Por la vanidad que tuvo

De querer ser alhacena.
Sobre un poco de tomiza,
Que entre dos palos se enreda,
Se mira un colchón con ménos
Vellón que mis faltriqueras.

En el techo dos racimos
Iban corriendo parejas
Tras un pero más podrido
Que la sangre de mis venas.

Sobre el basar de un rincón
Estaba una ratonera,
Un corcho con sal, un cuerno
Y una Santa Magdalena.

Los cuadros son: un San Juan,
Con su gorra y su bandera;
Un San Roque de papel,
Acancerada una pierna.

En seis ó siete personas,
A verme vino la aldea,
Alcaldes, concejo, clero,
Niños, mujeres y viejas.

Me daban paternidad,
Señoría y excelencia,
Y yo sólo deseaba
El que me diesen la cena.

Dierónmela, finalmente,
Sobre la gibada mesa,
Más roida que un dichoso,
Más amarga que mis penas.

Sentéme de medio lado,
Con tal hambre, que vendiera
Veinte primogenituras

Por un plato de lentejas.
El subcinericio pan
Que Elias comió en la higuera
Pareciera, junto al mio,
Oriundo de Vallecas.

Galgos mis dedos cazaron,
Después de andar una legua,
La pechuga de un conejo
En el rincón de una hortera.

Porque la falta del vino
Sabrosa el agua supliera,
Me sirvió de postre aquello
Que el pródigo de merienda.

Y echando la bendición,
Porque mi patrona huyera,
Se finalizó el convite,
Y comenzó mi tragedia.

Pues mi caballo el Guzmán,
Por sólo la impertinencia
De un dolorcillo de tripas,
Se murió como una bestia.

La falta de la botica
Este daño recompensa,
Porque puedo comprar otro
Con lo que ahorré de recetas.

Estas son mis desventuras;
Ponlas á sus piés, si llegan
Al templo de las deidades,
Para que el serlo desmientan.

A mis jefes, compañeros
Y amigos, si toman tierra
En el puerto de ese emporio

Del cuartel de las tormentas.
Como antigua, poner puedes
A su arbitrio mi obediencia,
Mientras para mi epitaño
Se perfecciona esta letra:

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL

SONETOS

Oigo decir á muchos cortesanos:
«Tal oficina tiene tres mil reales,
Pero vale diez mil y muy cabales.»
¡Válgame Dios! y ¿azotan á gitanos?
Aquéstos son rateros chabacanos,
Que pillan una capa, unos pañales,
Un borrico, una mula; y sus caudales
No llegan á seis cuartos segovianos.
Reconocer los montes es quimera;
Que no son ermitaños los ladrones,
Ni en los jarales buscan su carrera.
Haga aquí la justicia qñuisciones,
Y verá que la corte es madriguera,
Donde están anidados á montones.

¡Ah, señor don Francisco (1) ¡Si usted viera
El mundo cómo está desde aquel día

(1) Habla el poeta á D. Francisco de Quevedo,
de quien era imitador y apasionado.

Que vino aquella tal señora mía
A cobrar en sus ansias la postrera!
¡Ay, amigo, que no lo conociera!
Porque ¡entonces, al fin, se distinguía
El animal del bruto, y así había
Quien vieje la función en talanquera.
Para cuatro cornudos vergonzantes
Que usted alcanzó en su siglo, ya perdido,
Hizo extremos y sátiras picantes.
De mil gracias á Dios no ser nacido,
Pues si hubiera alcanzado chichisvantes,
Antes fuera cornudo que marido.

Engulle el poderoso rica sopa,
Cuando á mí me contenta una zurrapa;
Y siendo el mundo dilatado mapa,
Le parece á su vicio estrecha copa.
Con bordada, sutil y blanda ropa
El barro humano diligente tapa;
Y á mí me envuelve miserable capa
Y un negro camisón de ruda estopa.
Ostenta á todos la gotosa tripa,
Y puede ser el que mejor me sepa
A mí la sucia bota que á él su pipa.
De la humana miseria huyendo trepa;
Pero, por más que puja, anda y ahipa,
Todos somos racimos de una cepa.

PASMAROTA.



Albricias, que el mundo
Sin duda está cuerdo,
Pues da con justicia
Castigos y premios.

*Vaya usted á otro perro
Con aquese hueso.*

Humildes ensalza,
Abate soberbios,
Liberales premia,
Castiga avarientos.

Socorre las viudas
Y guia á los ciegos,
Los huérfanos cria,
Y remedia enfermos.

Limosna da al pobre,
Al triste consuelo,
Captivos desata,
Y redime presos.

Ahorca asesinos,
Azota rateros,
Empluma alcahuetas
Y empala adulteri s.

Mancebas recoge,
Encierra mancebos,
Niños adoctrina,
Y respeta viejos.

Ya las injusticias

Están por el suelo,
Y Dios sea bendito,
Porque ya era tiempo.

Ya los sabios tienen,
Ventura y respeto,
Y el ocioso vano
Desgracia y desprecio.

Ya no tiene fuerza
Alguna el dinero,
Y él mérito sólo
Consigue los puestos.

Ya nadie pondera
Delitos ajenos,
Y todos conocen
Sus menores hierros.

Nadie se maltrata
Por lograr ascensos,
En su estado todos
Están muy contentos.

No hay interesados,
Ni avaros logrerros;
Sólo se procura
El bien de los pueblos.

No corre el engaño,
La mentira ménos,
Y así no hay motivos
Para sentimientos.

Hay paz octaviana
En todo congreso,
Porque todo el mundo
Castiga su genio.

Ya en los pleitos nada

Compone el empeño;
Todo va arreglado
A ley y derecho.

Ya no hay robo alguno
En córtes ni puertos;
Que todos son fieles,
Hasta los venteros.

Ya son en la tierra
Puros los contentos,
Y así tiene el mundo
Remedos de cielo.

Todo es muy posible,
Así lo concedo;
Mas perdone el mundo,
Que yo no lo creo,

*Vaya usted á otro perro
Con aquese hueso.*

IGNACIO DE LUZAN

—
CANCIÓN
—

A la conquista de Orán

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisferio:
Las vencedoras sienas coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto

Del infiel mauritano, al Marte ibero.
Ya ¿para cuándo quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve,
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Pará cuándo estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe,
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?

Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento;
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla,
Pálido el africano y sin aliento;
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente,
De ovas coronada y de corales:
«¿Quién me agobia con tanta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?»

Así decía el dios. Las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma;
Humildes retirábanse las olas;
Céfiro por el cielo ya sereno

Batía en torno su ligera pluma.
¿Adónde irá la suma
De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el Océano profundo?
¿Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿Adónde ha de ir, sino es donde le llama
La santa fe, la verdadera fama?

Extremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas,
Del formidable vencedor á vista;
En vano á la mezquita erróneo celo
Trae madres y esposas, de horror llenas,
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el agareno
Probó, de susto lleno,
A un tiempo amago y golpe de su saña,
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pendón que se enarbola
Con armas de Castilla y celtiberas;
Gimen de pena y rabia los alarbes,
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.

De escuadras lisonjeras,
De alados paraninfos cortejada,
Entra la Fe triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas
Por el celo de España y por su espada.
Huye del Alcorán el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,
Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas ¡oh noble España! son tus artes:
Al cielo dirigir guerras y paces,
Pelear y vencer sólo por Cristo.
Del orbe entero ya las cuatro partes,
Siempre invencibles, discurrir tus haces
Por la sagrada religión han visto.
Por tí, desde Calisto
Hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Plutón se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada,
Con mejor luz la aurora
Del Ganges sale; por tí da la entrada
A nuestra fe la más remota playa
Del Japón, de la China y de Cambaya.

Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,
El de Getulia y el feróz masilo
Dejarán la impia secta y ritos vanos;
Renacerán á más felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos;

Con tratos más humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entónces al morisco vasallaje,
Y parias y homenaje
Recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo traje
Aprenderá la Libia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.

Surcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egeo,
Sin temor de mazmorra ó de grillete.
¿Si diré lo que mandas que ahora cante,
¡Oh Febo! ó dejaré que lo que veo
Claro en la edad futura otro interprete?
El andaluz jinete
Beberá del Cedrón, el santo muro
Libertado será, y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.
Tendrá la España, más que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabeo aroma
Para las aras y el sagrado fuego:
Ven, ¡oh dichosa edad! pero ven luego.

De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres ejemplos, patria mía,
Lejos del ocio y de extranjera pompa;
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía,
Guste sólo del parche y de la trompa.

Ambos ¡jares rompa
Con la espuela el bridón; con pecho fuerte,
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte;
O aprenda á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria:
Así se sube al templo de la gloria.
Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Canción, ligera y pronta,
Vé de Orán á la playa,
Y allá también contigo al campo vaya
Este aplauso primero;
Y dí en mi nombre al vencedor ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

Traducción de una oda de la poetisa Safo.

A los celestes dioses me parece
Igual aquel que junto á ti sentado,
De cerca escucha cómo dulcemente
Hablas, y cómo
Du'ce te ríes: lo que á mí del todo
Dentro del pecho el corazón abrasa.
Mas ¡ay! que al verte, en la garganta un nudo
De habla me priva;

La lengua se entorpece; ya por todo
Mi cuerpo un fuego rápido discurre;
De los ojos no veo, los oídos
Dentro me zumban.

Toda yo tiemblo, de sudor helado
Toda me cubro; al amarillo rostro
Poco faltando para ser de véras,
Muerta parezco.

ALFONSO VERDUGO Y CASTILLA.

EL JUICIO FINAL.

Alma horrrisona al duro bronce infunde
Aligero escuadrón, á cuyo ruido,
La tierra, el mar, el viento se confunde,
Y el eco vuelve el miedo repetido;
Y miedo que antecede al que difunde
A cuantos ya es pálido y dormido,
Tremenda voz, la que terror segundo
Extendió por los ámbitos del mundo.

«Venid al juicio del tremendo día,
¡Oh muertos; dice. Glorias y maldades,
Sin velo están: se hundió la monarquía
Que eterna idolatrarón las edades.
Robó el inceddio, con igual porfia,
Los reinos, las provincias, las ciudades:
Ya una misma ceniza ha confundido
La humilde choza y el palacio erguido.

«La república alada de los vientos,
Pavesa ya, dejó su reino vago;
El prado y monte gimen, macilentos,
De su pueblo cuadrúpedo el estrago;
De las llamas los impetus sedientos
Se bebieron el río, arroyo y lago....
Levantad, pues; que en trágica campaña
Ya ostenta el fuego su mayor hazaña.»

Gimió la tierra al formidable acento,
Temblaron sus cimientos eternos,
Rimbombaron las ráfagas del viento,
Turbáronse los orbes celestiales;
El mar bramó, y en rauda movimiento
Subió á la esfera en montes de cristales,
Descubriendo entre tantos parasismos
Sus entrañas la tierra y sus abismos.

Cuando así lo insensible, portentoso
Del Juez se mira en enojado ceño,
Los sepulcros, que en lecho tenebroso
El último guardaban fatal sueño,
Rasgando ya su seno pavoroso
(Funesto asilo de su triste dueño),
Volvieron de repente al sér humano
Cuanto robó la inexorable mano.

Tornóse á concertar la artificiosa
Fábrica de los miembros destruida;
Buscóse una á otra parte cuidadosa,
Para otra vez cobrar la antigua vida;
Brotó la tierra, en fin, tanta copiosa
Organizada miés, por sí movida,
Que dejaran por vana su tarea
Las semillas de Cadmo y de Medea.